

Para un retrato de Pablo Neruda*

Por Margarita AGUIRRE

El delgado y romántico poeta de capa y sombrero de alas anchas, con los años fue adquiriendo una solidez que sin embargo no es corpulencia. Más bien grueso, conserva algo alado que lo torna ágil. Sus pies y sus manos son pequeños.

Su frente, siempre despejada y alta, se ha ido abovedando. El pelo se conserva fuerte y seco a lo largo de las sienes. Los ojos, aunque grandes, dan la impresión de ser chicos, sobre todo cuando ríe. La tez es olivácea, lustrosa; las cejas, tupidas; la boca bien dibujada, de labios rojos.

Sus movimientos son pausados, pero no le cuesta subir escaleras, trepar montes y hasta correr; entonces comprobamos su agilidad.

Cuando escucha, su gesto más común es apoyar en la mejilla el dedo índice, con el pulgar bajo la barbilla y los otros recogidos. Puede estarse así largo rato. También se sujeta la cabeza con toda la mano extendida, desde la mitad de la oreja hacia arriba. Y se refriega de vez en cuando la nariz con el índice.

Lo importante o lo más importante que hay en él es el poderío de su mundo propio, que trasciende de inmediato con una suerte de fascinación conmovedora. Es un hombre al que no se puede mirar en vano. Deslumbra su fuerza, su calidez humana, y es como si algo mágico, una misteriosa atracción, nos atara a su presencia.

Recuerdo el caso de una amiga que no quería conocerlo por temor a desilusionarse. Admiraba profundamente la obra de Neruda y se limitaba a contemplar sus fotografías. Hasta que un día lo conoció en una fiesta. "Fue como encontrar la mirada de mi padre —me dijo— o la de la superiora del colegio donde me eduqué. Una mirada que desborda calor humano, que quiere, que protege sin proponérselo. Hace muchos años, desde el colegio, desde la muerte de mi padre, que nadie me miraba así."

Las costumbres de Neruda son las mismas en cualquier parte. Necesita, por ejemplo, estar rodeado de amigos, y los tiene en todo el mundo. Con ellos le gusta comer y beber, conversar y divertirse. Y hacer bromas. A veces, cuando lo encuentro en Chile o en medio de sus viajes, una de las primeras cosas que me dice es: "Tengo que contarte el último chiste que circulaba en Moscú." O en París o Río o Valparaíso. Le gusta disfrazarse. Santiago del Campo cuenta que en baile de disfraces en la Escuela de Bellas Artes "la más extraña de todas las máscaras era un señor de inmensa nariz postiza, envuelto en una bata de baño y afirmado en un paraguas inverosímil. Era Pablo Neruda, el poeta cuya obra ha sido traducida a todos los idiomas de la tierra, y que ha hecho de Santiago de Chile una de las capitales mundiales de la poesía contemporánea." En su casa se han dado a menudo fiestas de máscaras, muy alegres. Entonces baila el vals *Sobre las olas*, una de sus grandes debilidades. Por lo demás creo que es lo único que sabe bailar, y su falta de gracia cuando baila es la gracia misma.

Le gusta comer, y no es difícil adivinarlo a través de su poesía: Hasta ha dado en sus odas recetas de cocina, como la del caldillo de congrio, plato tradicional chileno que es uno de sus favoritos. Empieza desde temprano a desear una comida determinada, la manda comprar y cocinar, convida a sus amigos y es feliz comiéndola, aunque a veces el grupo de amigos supere la cantidad de lo cocinado y haya que empezar a disminuir las raciones o sustituir ese plato por otro. Esto de convidar siempre a los amigos no es sólo típico de las familias chilenas sino que además, tratándose de Neruda, le viene por herencia. Dicen que su padre, cuando algún amigo le faltaba, a la hora del almuerzo, salía a buscar a un vecino o a cualquiera que pasara por la calle para convidarlo a compartir su mesa.

Pablo puede beber bastante sin que le haga daño. El alcohol apenas acentúa su natural alegría. Tiene un gran dominio sobre su cabeza. En la actualidad no le gusta trasnochar. Despierta siempre alrededor de las ocho de la mañana. Después del almuerzo duerme largas siestas. Es aficionado al té, que toma varias veces durante el día. En cambio, no bebe café. Fuma en pipa. Le gusta tener pipas de todas partes del mundo, pero para su uso personal prefiere las inglesas.

Y le gustan los mercados, las casas de antigüedades y de trastos viejos. Puede pasarse todo el día revolviendo "cachureos", como decimos en Chile. Le ha gustado desde niño, cuando recogía piedras o huevos de pájaros extraños, caracoles o plantas. Es perseguidor incansable de la belleza en sus formas

más olvidadas o desconocidas. Arrastra a sus amigos en sus andanzas y les contagia su pasión. Después hace construir casas y va disponiendo en ellas lo acumulado, generalmente adquirido con poco dinero y mucha paciencia.

Es generoso hasta lo increíble y da por sentado que los demás tienen su mismo desprendimiento. Se admira que así no sea. Siempre piensa bien del prójimo; aunque lo han engañado muchas veces, reincide. Hay mucho en él de la avidez del niño, algo del vagabundo, como en todo chileno, y una vitalidad terrenal, sensual, que parece inextinguible.

Siempre me ha sorprendido su facultad de prestar atención a varias cosas simultáneamente. Recuerdo que en más de una oportunidad ha estado dictándome una carta, una conferencia o un discurso y a la vez dirigiendo las plantaciones de flores de su jardín; o se ha levantado para contestar al teléfono o dar alguna orden y al volver retomaba el dictado: nunca fue necesario leerle el párrafo en que habíamos quedado; puede pasar de una reunión política a una social o literaria sin inmutarse, y de un idioma a otro —del francés al inglés o al italiano o al castellano— sin esfuerzo aparente.

Ante los desconocidos es más bien tímido. Cuando algo lo impresiona, suele decir frases que no revelan en modo alguno su estado de ánimo, incluso lo traicionan. A este respecto, cuentan que al ver las ruinas de Macchu-Picchu, exclamó: "Qué buen sitio para comer un cordero asado." Lo cual indignó a sus acompañantes, que tal vez esperaban las consabidas frases de admiración; en una entrevista le preguntaron si la anécdota era cierta. "Es posible —confesó Neruda— que haya dicho alguna tontería. Pero es algo que nos pasa generalmente a los chilenos; cuando algo nos emociona mucho nos taimamos y decimos cualquier cosa para salir del paso. Yo ni siquiera lo recuerdo. Fue tan grande mi impresión cuando me llevaron a Macchu-Picchu, que permanecí mudo. Alguien me preguntó entonces qué me parecía aquello y yo contesté inocentemente. Se trata de una reacción típica del sur de Chile: expresar la más honda de las emociones identificándola con el más contundente de los hechos diarios. Lástima que no estábamos en Temuco, sino en esa inmensidad de América que es Macchu-Picchu."

He presenciado el dolor inmenso que fue para Neruda la muerte de Eluard. Yo misma le alargué el cable sin abrir. Lo vi palidecer bruscamente y golpear con el puño la mesa, murmurando con rabia: "Merde, merde". Al rato me dijo con los ojos secos y hundidos: "Ha muerto Paul Eluard." Y se fue a su habitación.

A Pablo Neruda le gusta casar a sus amigos. En cuanto uno de ellos ha quedado solo o es soltero, empieza a buscarle novia. Ha concertado no pocos matrimonios, algunos más afortunados que otros. "Yo soy el buen poeta casamentero. Tengo novias para todos los hombres." — dice en sus *Odas*.

Le apasiona la pintura y ha escrito muchas veces sobre pintores. También sobre escultores. No he leído nada suyo sobre música. Tiene poco oído, aunque un gran sentido del ritmo, como lo demuestra su poesía. Quizá podría vivir sin escuchar música, es una impresión mía. No hablo, claro está, de la música popular o del folklore, porque ésa sí le gusta y la escucha con entusiasmo.

Y también le gustan todos los poetas, buenos o malos. Alguna vez lo oí decir: "Me gusta hasta X.X.", poeta cursi, de tono muy menor. Adora las plantas y los pájaros. Es lector incansable de libros de ornitología y de botánica. Puede estar durante horas mirando con un catalejo la migración de unas gaviotas en el mar.

Olvida fácilmente los agravios, pero no perdona la traición. Entonces, es implacable.

Lo impacientan los elogios, que escucha con cierta rigidez y como apurándolos para que terminen pronto. Tiene, claro está, un sentido muy exacto de su valor, que atribuye a su pueblo. "No me estáis celebrando a mí —exclama ante los honores que le rinden con motivo de haber cumplido cincuenta años, hace exactamente diez atrás— sino a una victoria del hombre... en esta patria aislada por el inmenso mar y las nieves inmensas."

* Del libro *Pablo Neruda*, Ed. Eudeba, de próxima aparición.